Savater

LUIS DE LA BARREDA SOLÓRZANO

Palabras pronunciadas con motivo de la entrega a Fernando Savater del Segundo Premio Internacional por la Igualdad y la no Discriminación otorgado por el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación.

En *La tarea del héroe*, Fernando Savater define al héroe como *quien logra ejemplificar con su acción la virtud como fuerza y excelencia*. Ateniéndonos a esa definición, él es un ejemplo de heroísmo. Lo es porque con su conducta, al rechazar lo que no va con él, muestra ejemplarmente qué es el mal y sabe que ceder al mal es tener una debilidad, debilitarse. Y el mal busca las debilidades para ganar terreno y, a la postre, vencer. La heroicidad de Savater consiste en que no se desmiente porque no aspira a ningún premio ajeno a lo que él mismo es. Su nobleza radica en no temer ni calumniar a la voluntad propia, en atreverse a querer y actuar conforme a esa voluntad.

El heroísmo de Savater se apoya en baluartes sólidos: el pensamiento lúcidamente libre, absolutamente ajeno a toda servidumbre ideológica; el valor, que permite considerar que nada está vedado por su altura o dificultad, y entonces, por decirlo con palabras del poeta Vicente Quirarte, mirar a los dioses frente a frente y decirles que se acepta la batalla; la generosidad, por la cual se libra la lid también con el corazón, entregándose, sin limitar los afanes al término medio aceptado como socialmente seguro, poniendo en ella no sólo lo que se tiene sino aun lo que no se tiene, es decir, el tiempo que siempre resulta insuficiente, la paciencia que en momentos difíciles se escapa, la energía que en días aciagos parece flaquear. Savater ha puesto su lúcido albedrío, su valor y su generosidad al servicio de la lucha por una sociedad democrática, basada en la libertad, en el respeto a las libertades individuales, cuyo ejercicio es incompatible con la unanimidad coactiva que añoran y propugnan las mentalidades autoritarias o fanáticas.

Savater es un hombre que goza ampliamente de la vida, de todos los dones de la vida –por eso nos ha enseñado que la templanza es el arte de disfrutar los placeres con impunidad–: la lectura, la siesta, el mundo hípico, los atardeceres, la amistad, los paisajes, la música, la gastronomía, el vino y el whisky, el cine, el amor, las caricias; pero su gusto por la vida buena nunca lo ha apartado de otra de sus grandes inclinaciones, porque forma también parte de lo que él concibe como vida buena y de lo que él es: la pelea contra lo que Voltaire llamó la *peste de las almas*, esa enfermedad moral que hace que quienes la padecen se consideren iluminados por encima de las leyes que nos hemos dado los ciudadanos, y, por tanto, en vez de persuadir, se sientan justificados a perseguir, coaccionar, extorsionar, dañar o destruir a otros en aras de la meta que les obsesiona.

Savater ha dado el combate poniendo lo mejor de sí porque sabe que vencer al terrorismo será una victoria ilustrada contra el oscurantismo, un triunfo luminoso de la razón contra una de las manifestaciones más miserables de la sinrazón. Si bien es cierto que, en palabras de Borges, a todos los hombres nos han tocado tiempos difíciles, a Savater le ha tocado vivir la desgracia de que en la tierra que lo vio nacer una pandilla violenta haya decidido emplear las formas más ruines y cobardes de violencia para someter a sus caprichos políticos a toda la comunidad. Y ha combatido a esa pandilla sin acobardarse en ningún momento –a pesar de que sabe que está en la mira de los asesinos–, con la convicción de que, como expuso Manuel Azaña, presidente de la segunda República española, aunque ignoremos si la libertad

nos hace más felices, no hay duda de que nos hace más hombres.

Savater ha combatido la peste de las almas con firmeza y prestancia, "escandalizando a los imbéciles", como reza el lema de Georges Bernanos. Los escandalizó desde que, profesor en las aulas de Zorroaga y comprendiendo que la tortura consiste en estar sufriendo en manos de otro sin posibilidad de mediación legal alguna, dijo claramente que ETA, que en esos momentos mantenía secuestrado a un hombre, era torturadora en el peor de los sentidos. Su facultad se llenó de pintas y carteles en los que se le injuriaba y, en una asamblea, se le sometió a una suerte de juicio popular maoísta. Savater no se arrugó, por el contrario, se agigantó: advirtió que era hora de acabar con cualquier atisbo de comprensión o complicidad con quienes matan en nombre de su libertad pero con el propósito de esclavizar a todos.

Savater escribió en su autobiografía razonada, *Mira por dónde*, que se educó en el ideal del paladín gracias al capitán Trueno, y no cabe duda de que se ha comportado de acuerdo con esa formación. No se contentó con escribir y polemizar contra el terrorismo etarra. Logró, junto con otros pocos valientes, algo que no era nada fácil, dado el miedo que inspiran los asesinos: sacar a la gente a la calle, motivarla a superar la resignación resentida y transitar al coraje activo, escribiendo su propia historia, característica de los héroes contemporáneos, según los define Hanna Arendt. Se trataba de recuperar la calle que estaba en poder de los violentos y de apoyar a las víctimas. Las primeras concentraciones no eran muy concurridas y en ellas escaseaban los sabios y los próceres, brillaba por su ausencia esa intelectualidad lerda, deshonesta o cobarde que, por lo visto, existe en todas partes.

Savater, en cambio, asistió incluso a reuniones en las que participaban personajes militantes del partido que él nunca ha votado con la convicción de que los atentados terroristas son ataques contra todos los ciudadanos, independientemente de las credenciales políticas de cada cual. Y volvió a escandalizar a los imbéciles, que le acusaron de traidor. Esos acusadores, comprendió, eran tan incapaces de entender y aceptar el juego democrático como los propios terroristas. Y se dio cuenta entonces de que la lucha en la que participaba tendría que prescindir de ciertos progresistas profesionales cuyo intelecto o coraje parece no haber progresado. Poco a poco, las concentraciones se hicieron más nutridas, a pesar de que los participantes nunca dejaron de ser hostigados por grupos de energúmenos. El civismo valeroso y la indignación habían obrado el milagro de vencer al miedo… milagro que no hubiera sido posible sin el ejemplo que dieron Savater y unos cuantos más.

Así se fue generando la plataforma cívica ¡Basta ya!, cuyo objetivo era romper en las mismas calles el silencio que se había impuesto por temor o complicidad pasiva. Y sucedió lo inaudito. El 19 de febrero de 2000 se reunieron en San Sebastián 10 mil personas a gritar su indignación contra los terroristas. El 23 de septiembre desfilaron 100 mil. En diciembre, el Parlamento Europeo otorgó a ¡Basta ya! el premio Sajarov a la defensa de los derechos humanos, reconocimiento de enorme relevancia porque la Unión Europea empezaba, al fin, a tomar partido clara y explícitamente contra la injusticia, la sinrazón y la indecencia del terrorismo.

Ahora Savater ha emprendido un nuevo capítulo de su lucha. Como a muchos españoles, a él le parecieron erráticos de parte del gobierno socialista de José Luis Rodríguez Zapatero el diálogo político con ETA y la manera de hacer frente a las exigencias nacionalistas. Del disgusto ha pasado a la acción. Se basa en dos premisas fundamentales: la de que nadie está obligado a votar siempre lo mismo o a resignarse a las opciones políticas vigentes que le han decepcionado y la de que los ciudadanos no deben refugiarse en la abstención o en la renuncia a exigir el respeto a sus derechos y libertades cuando no les gustan las leyes o las decisiones gubernamentales. Y, partiendo del supuesto revolucionario de que los ciudadanos no nacen siendo ya de izquierdas o de derechas ni con el carnet de ningún partido en los pañales, es el impulsor más prestigiado de un nuevo partido –Unión, Progreso y Democracia– que se propone reformas indispensables para enfrentar con éxito la disgregación del Estado, para conseguir la derrota del terrorismo sin pagar precio político alguno, y para aumentar la libertad y la

igualdad de todos los españoles. Savater ha explicado magistralmente que ni la izquierda ni la derecha son ideas platónicas, invulnerables al paso del tiempo y a los cambios sociales, y que en ambas tradiciones se han defendido ideas y se han realizado acciones indefendibles. De allí su planteamiento de que ser considerados de izquierdas o derechas no es el centro del problema, más aún, de que se trata de un falso dilema. Lo importante es ser progresista, lo que supone luchar contra las tiranías que pisotean la democracia formal, así como contra la miseria y la ignorancia que imposibilitan la democracia material.

Savater ha sido un combatiente contra todas las formas de discriminación injusta, pero es la lid contra el terrorismo etarra cuyo objetivo es la imposición de una sociedad discriminatoria, la más admirable, por lo que en ella se está jugando y porque en ella se ha jugado el pellejo, él, que es un amante hedonista de los tesoros que depara la vida. Savater ha demostrado ampliamente que no es intimidable ni sobornable. Su lucha contra ETA, riesgosa e incómoda, responde a profundas convicciones: por una parte, la de que el terrorismo nunca es justificable, sea cual fuere la coartada bajo la que se presente; por otra, la de que resulta aberrante el propósito de sustituir la comunidad mestiza y plural de ciudadanos por una homogeneidad étnica de destino.

Si Savater sólo se hubiera dedicado a escribir, la humanidad tendría con él una enorme deuda. Sus libros y sus artículos nos ayudan a ser mejores, propician la reflexión profunda, ayudan a fortalecer el alma, divierten y producen intensos sacudimientos emocionales. Sólo sus textos bastarían para considerarlo un ser entrañable. Entre mis horas más disfrutadas están las que he gozado con la lectura de *La tarea del héroe*, *La infancia recuperada*, *Criaturas del aire*, *El contenido de la felicidad*, *Ética como amor propio*, *Invitación a la ética*, *Libre mente*, *Sobrevivir*, *El jardín de las dudas*, *Apóstatas razonables*, *Ética para Amador*, *Política para Amador*, *Las preguntas de la vida*, *Despierta y lee*, *El juego de los caballos*, *A rienda suelta*, *A caballo entre milenios*, *El valor de educar*, *El valor de elegir*, *Malos y malditos*, *Mira por dónde* y *La vida eterna*. La contribución de Savater a la ética, la filosofía, la ciencia política y la literatura de ficción es invaluable.

Pero hay algo más. Su entereza, su valor, su honestidad y su congruencia en el combate al terrorismo lo hacen un héroe en tiempos en los que, como en todos los tiempos, la heroicidad es difícil. Es difícil por virtuosa. Es difícil por excepcional. No sé si también lo sea por incomprendida, pues sospecho que muchos de quienes lanzan acusaciones tan infames como absurdas contra Savater en el fondo lo envidian por atreverse a una actitud de la que ellos no serían capaces porque les falta esa entereza, ese valor, esa honestidad, esa congruencia, virtudes que él posee en abundancia y de las que ha dado abundantes muestras.

En *Ética para Amador*, enunció las diferencias entre el ratón-esclavo y el león-libre. El ratón pregunta "¿qué me pasará?", y el león "¿qué haré?" El ratón quiere obligar a los demás a que le quieran para así ser capaz de quererse a sí mismo, y el león se quiere a sí mismo por lo que es capaz de querer a los demás. El ratón está dispuesto a hacer lo que sea contra los demás para prevenir lo que los demás puedan hacer contra él, mientras que el león considera que hace a favor de sí mismo todo lo que hace a favor de los demás. Savater es un león libre.

En su ya citada autobiografía, Savater escribió: "Quiero morir gorila, solitario en lo más alto, luchando y perdiendo pero sin dejar de amar desesperadamente: como King Kong." Sabemos que luchará hasta el fin, amando siempre, y deseamos que aún permanezca muchos, muchos años en el mundo de los vivos, y que a él y a nosotros la vida nos alcance para ver y celebrar la derrota de ETA, que será uno de los grandes triunfos de Savater.

Es un honor para nosotros contar hoy con la presencia de Fernando Savater y hacerle un homenaje. Quiero decirle que lo admiramos y lo queremos profundamente, y que, a pesar del océano Atlántico, lo sentimos siempre muy cerca.